

Por estas fechas se llenarán una vez más los templos. Desde la diócesis de Pinar del Río hasta la diócesis de Santiago de Cuba, cada templo -grande o pequeño- servirá de foco de atracción. Es la Semana Santa que arrastra el espíritu de los hombres, que convoca la fe popular, que desempolva la memoria religiosa de la nación y nos recuerda que la cultura matriz de nuestra nacionalidad, *ortada por el catolicismo, no ha desaparecido en 35 años de ateísmo programado*. La religiosidad comprometida ciertamente había disminuido de forma considerable, pero no llegó a extinguirse, de hecho puede afirmarse que es imposible su extinción. ¿Alguien puede separar el espíritu del cuerpo? *La espiritualidad, que por centurias llevamos dentro, se remonta, vibra, implosiona y explosiona, se expande y se eleva, allá, donde no puede ser apresada; allá, donde los placeres perecen sin llegar; donde los egoísmos y odios no alcanzan un lugar; allá, donde la fuerza de los poderosos se transforma en su propia debilidad e impotencia. Es allá donde los hombres-víctimas de este mundo, "las cañas agitadas por el viento", encuentran un lugar cómodo y seguro, en el regazo de su Creador. No hay en ello evasión, hay sí, la respuesta natural al llamado del Padre.*

Pero, ¿qué oiremos hablar en los templos y capillas por estos días?, ¿de qué nos hablará el sacerdote? Hablará de muerte, de la muerte de Jesús. La muerte preparada por los fariseos y los jefes del pueblo hebreo como única solución para librarse de aquel que cuestionaba lo que no estaba permitido cuestionar; y -vaya forma de ser molesto- no utilizó su sabiduría para aliarse a los poderosos, pues lo que demostró fue precisamente su desprecio y desinterés por el poder, la pompa, los aplausos, la gloria y reconocimiento públicos. Y, por si fuera poco, sin dejar de hacer el bien, fue justo en sus sentencias con los líderes del momento y les llamó "hipócritas", "sepulcros blanqueados" y otras cosas más. ¡Vaya manera de molestar! ¿Hay derecho a decir una verdad que, por muy verdad de Dios que sea, ponga en peligro las estructuras establecidas? Pues pareciera que no. Por ello la Cruz, la Muerte. Pero ahí no acabó todo, se produjo la Resurrección. Se reveló ante aquellos analfabetas privilegiados -los mismos que lo habían abandonado días antes- el sentido y esencia de la vida, cuando el Hijo de Dios, aún con las huellas del martirio en las manos, los pies y el costado, se presentó ante ellos y les dijo: "¡Paz a ustedes!". Este es el cimiento de nuestra fe. Por ello la Iglesia...Aquí está, 2000 años después.

Aquella imagen de los templos vacíos o semivacíos de hace tan sólo unos años, ha quedado atrás. La pasada Navidad 93, con Noche Buena sin cena buena, desconcertó a unos y entusiasmó a otros; pero fue hermoso ver multitudes, de pie o hincadas de rodillas, ante los descoloridos y viejos nacimientos para ofrecer lo que se tiene: angustias y esperanzas.

En la Semana Santa, los ofrecimientos y oraciones es muy probable que contengan las mismas dosis de angustias y esperanzas, aumentadas quizás. Junto a los

católicos constantes de las últimas décadas, ocupan y ocuparán espacio los "ateos" de ayer, el vecino que nos veía como entes raros, el militante conocido del trabajo o la escuela, o la hija del presidente del comité. De hecho todos tenemos nuestro Calvario y hacia él nos dirigimos cargando nuestra propia cruz, no la de madera, sino la cruz de las dificultades materiales, las crisis morales, las decepciones sociales, etc. Y cuando más pesada nos sea esta cruz, cuando más insoportable nos parezca, cuando desde lo hondo de nuestro ser gritemos sin separar los labios ¡¿hasta cuándo?!, más cerca estaremos del Amor de Dios. Y el sacerdote no hablará probablemente de aquello que queremos oír, si no de aquello que necesitamos oír. Hablará de fraternidad, de perdón al enemigo, de amor al prójimo, esto es hablar de conversión y de transformación personal. No habrá modo de progresar o mejorar la vida terrena si no cambian los hombres.

En octubre de 1992, un grupo de cubanos tuvimos el privilegio de encontrarnos con el Papa Juan Pablo II en Santo Domingo, como era de esperar no faltó una voz pidiendo que orara por Cuba. El Papa respondió de forma rápida: "Yo siempre oro por Cuba..., por la conversión de las personas..." Esto me recuerda la hermosa plegaria: *Señor, ayúdame a cambiar el mundo, empezando por mí.*

Trato de imaginar qué sucedería si los cubanos empezáramos cambiándonos a nosotros mismos; si en estos días en lugar de pedir lo que necesitamos, pidiéramos nuestra propia conversión y la de nuestros hermanos. No es que esté mal pedir por el alimento o la medicina que necesitamos, sino que en esta Semana Santa especial, por ser en un momento especial, busquemos primero fortalecer el espíritu para fortalecer después el cuerpo. No es algo difícil ni novedoso, es simplemente vivir las palabras de Jesucristo cuando, a los reclamos de los hombres de su época, respondió: "Preocúpense primero por las cosas del Reino (de Dios), lo demás se les dará por añadidura." Y no se trata de preocuparnos por ser buenos cristianos para que mañana todos tengamos dólares, se trata de convertirnos a El y asumir su plan para alcanzar aquello que es necesario a nuestras vidas, a la de nuestros hermanos y a la del país.

Esto sólo se logra por amor, el amor alimenta la fe, la fe nos da la esperanza y, los tres, nos dan el valor. Esta era la convicción del salmista cuando, después de clamar a Dios en su sufrimiento y desesperación: *-Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?- reaviva su fe en su Dios y Padre diciendo: ...El no desprecia ni pasa por alto el sufrimiento de los pobres...mis descendientes hablarán de El toda la vida... a los que nazcan después, les contarán de su justicia y de sus obras (Sal. 22)*. Entonces no podremos olvidar que después de la muerte viene la resurrección, por ello, el desafío increíble que es vivir merece ser vivido, en compañía de Aquel que fue elevado en la cruz para vencer el Mal. "Tengan valor -nos dice-: yo he vencido al mundo." (Jn. 16,33)

Tomar conciencia de la cruz que cargamos, es andar desde ya hacia nuestra humana resurrección.